

## Una salida de campo a la Mixteca Baja

Thomas Stanford

**A**l terminar cada semestre, los alumnos de los talleres de investigación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia deben salir a realizar trabajos prácticos. A continuación se relata una de las experiencias que el taller de etnomusicología llevó a cabo en la Mixteca Baja, Distrito de Juxtlahuaca, Oaxaca.



### I

Partimos de México a Juxtlahuaca la noche del 22 de octubre, y llegamos la madrugada del día siguiente a buena hora para desayunar en el mercado del pueblo, así que eso hicimos antes de buscar un vehículo que nos llevara a Coicoyán de las Flores. Dimos con éste sin mayor pérdida de tiempo, sin embargo, al llegar a nuestro destino, era tarde; si no fuera por la amistad que yo ya tenía con doña Margarita Sierra hubiéramos tenido problema para conseguir comida. Los lugares estaban en los preparativos para la fiesta de muertos, ya que ésta es una de las tres celebraciones más importantes del pueblo, y empezaban a juntarse los parientes que venían de fuera.

No nos fue posible conseguir la casa que habíamos ocupado en ocasiones anteriores, así que Magdalena se hospedó con doña Margarita, la dueña del restaurante donde acostumbamos comer. Baldomero y yo pedimos albergue en la casa de don

Juan Sierra, el abuelo de Margarita, que por cierto, es un panadero de dotes señaladas.

Para esta práctica de campo pensamos salir a alguna comunidad vecina a fin de observar los preparativos de la fiesta; luego volveríamos a Coicoyán, ya que por su importancia en la región, este lugar fue elegido para pasar ahí el mero día.

Había poca gente en el camino exceptuando a quienes llegaban de los lugares más cercanos para comprar mezcal o aguardiente, velas y frutas, necesarias para "la costumbre". La ceremonia ya estaba en vísperas.

Con base en los datos proporcionados por músicos locales, supimos que aún se emplea la jarana y el violín, instrumentos comunes en la región hace unos treinta años o más y que se fabricaban en Coicoyán para su venta en toda la Mixteca. En Coicoyán nos informaron que la única manera de llegar a Metlatónoc (comunidad que decidimos visitar para observar y grabar la participación de los músicos en la festividad de los días de muertos) era a pie; sólo está comunicado con Coicoyán por una vereda que los parroquianos mal atienden, porque atraviesa una región prácticamente despoblada. Pero tuvimos suerte; en ese momento llegó gente de allá, motivada por lo ventajoso de los precios de Coicoyán, les pedimos recomendaciones y, finalmente, salimos con ellos a Metlatónoc hacia las 10:00 del día 27.

Nos guiaba un grupo de jóvenes provenientes de una aldea ubicada en Oaxaca, a hora y media más adelante de Metlatónoc, Guerrero. Tan sólo uno de ellos hablaba algo de español, de manera tal que era dificultoso entenderles. Para desgracia nuestra, como pronto pudimos constatar, eran muy ligeros para caminar. Entre ellos cargaban un garrafón de plástico, de 17 litros repleto de aguardiente, pero ni con esto ni por las subidas empinadas que nos quedaban por delante, se detuvieron. Afortunadamente, nosotros somos algo atléticos, pero de ninguna manera estamos acostumbrados a aquellos caminos, que mayormente son de piedras sueltas. Para llegar a nuestro destino

tuvimos que subir desde los casi 2000 m de altura de Coicoyán, hasta, aproximadamente, los 3 000 m de un paso en la sierra, para luego volver a bajar hasta un poco más de los 2 000 m que es la elevación de Metlatónoc.

Nuestros guías tenían algo de prisa: desde la noche anterior andaban en el camino, la trayectoria hasta Metlatónoc es de unas ocho horas y ellos se dirigían hasta su aldea. Como de nuestro grupo yo era el que iba más cargado, por la grabadora magnetofónica y su miscelánea, me auxiliaron llevándola. Caminando en plano, o de bajada, lográbamos mantenernos a la par, pero en las subidas, que, según nos parecía, eran mucho más la regla que la excepción, y que, como decíamos, eran muy pronunciadas, nos rezagábamos. Cada media hora o 45 minutos nos esperaban para que los alcanzáramos, entonces descansábamos un poco.

Atravesamos un paisaje majestuoso, entre altos riscos y nacimientos de agua cristalina. En tramos, el bosque era casi virgen, pero en gran parte los madereros habían hecho estragos desde hacía unos 25 años. Encontramos troncos de árboles tirados que los años no habían podido afectar. Creo que ni los alpinistas de Suiza pueden jactarse de vistas de mayor magnificencia. Había néctar de flores y frutitas silvestres que íbamos saboreando.

Nuestros guías nos decían que a ese paso llegaríamos a Metlatónoc hacia las cinco y media de la tarde; sin embargo, cerca de las cuatro, entre las cumbres de la serranía, las nubes empezaron a cerrarse, bajaron, y nos encontramos inmersos en una neblina que limitaba la visibilidad de la brecha. Tomamos mal una vuelta y perdimos a nuestros guías.

## II

Nos topamos con un grupo de pastores que sacrificaban a una gallina frente a una cruz de madera en las cercanías de un ojo de agua. Les pregunté si nuestros guías habían pasado por ahí; respondieron que sí, pero me quedé con la duda de que hubie-

ran entendido y pensando que, quizá, nada más respondieron para que no nos detuviéramos.

Bajamos por una brecha abrupta con escasas señas de tránsito. Después de andar un rato nos dimos cuenta de que las pocas ramitas y hojas dobladas indicaban que ese camino subía, en vez de bajar. Esto resultaba inquietante, pues me hacía pensar que, estando tan cerca de nuestro destino, tendríamos que encontrar, bajando, alguna casa o choza.

De repente se escuchaban ruidos imposibles de ubicar por tanta neblina —un perro que ladraba—, pero seguíamos sin encontrar señas de vida. Seguía creyendo que el pueblo estaría más abajo, pero pasó una hora antes de entrar en una milpa. Ahora sí, pensé, ya estamos llegando pero, ¿por qué no había ni siquiera perros? Seguimos caminando otro rato cuando al fin encontramos una choza de tejamanil. Me detuve a ver si había humo por algún lado. En esto creí escuchar una voz, pero no se veía a nadie.

Continuábamos bajando por una vereda estrecha a la mitad de una milpa. Pensé que a lo mejor quien gritaba desconfiaba de nosotros, por lo que solté ahí mismo las cosas que cargaba



y comencé a caminar entre la milpa hacia la voz, con pasos lentos, mientras gritaba —¿quién está por ahí? Entonces un campesino salió a un claro unos 30 metros más adelante y preguntó —¿A dónde van? ¡Está despoblado allá abajo!

Eran las 5:15 pm y en ese preciso momento las gotas de la neblina se engordaban en una lluvia tupida. Nos refugiábamos con nuestras cosas en la choza, que sirve de almacén para implementos agrícolas rudimentarios, principalmente para el arado de madera con punta metálica. —¿Hacia dónde queda Metlatónoc?—, pregunté. Levantó la mano para señalar la cumbre del cerro que habíamos estado caminando cuesta abajo. —El camino está por allá.

Era ya tarde. La lluvia se entablaba y no había manera de seguir nuestro camino. Preguntamos por una rancharía cercana, pero averiguamos que ésta era la última casa, a orillas de una inmensa zona despoblada. ¡Qué suerte habernos encontrado con este señor! En respuesta a nuestras súplicas, y a pesar de su evidente reserva, el campesino y su señora (que no hablaba nada el español) nos dieron albergue para pasar la noche con ellos en su casa de campo.

Eramos cinco en total los que dormimos aquella noche en esa choza, que tenía una que otra gotera, y media, aproximadamente, 3.5 por 4 m. La señora alimentaba una pequeña fogata en un rincón, sobre la cual, preparaba unos tamales de elote. Como no habíamos probado alimento desde la mañana, recibimos con profusos agradecimientos seis de es-

tos y tres pocillos de café. Platicamos de nuestra misión e hicimos indagaciones con respecto a la fiesta de Todos Santos. “Llevan sones con violín y guitarras frente a los altares familiares de la región, para dar gusto a los fieles difuntos”. Nos informaron.

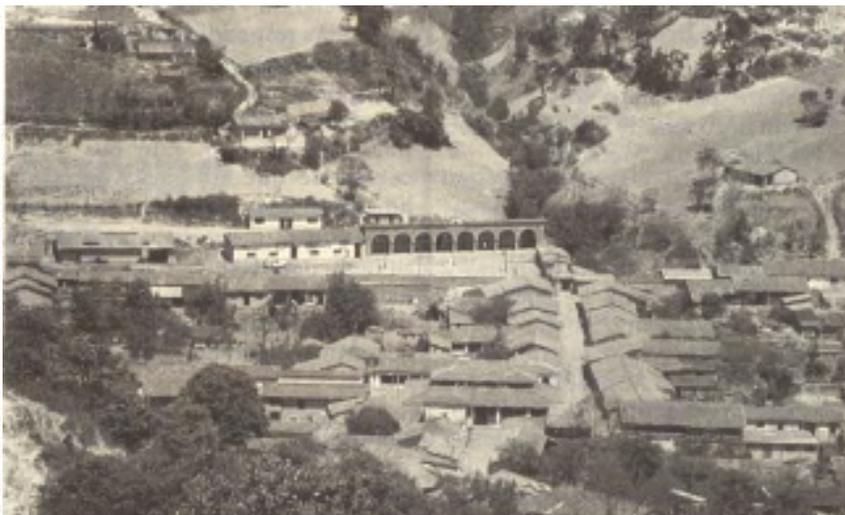
Nos acostamos como mejor pudimos, agradecidos de tener resguardo de la lluvia, que no amainó hasta la madrugada siguiente.

### III

Nos despertamos con los primeros rayos de sol. Nuestros anfitriones ya se habían levantado y almorzado y se dirigían a cortar flores, motivo principal por el que en esas fechas se encontraban tan lejos de su ranchería. El llevaba un viejo rifle calibre 22, que aparecía y desaparecía durante nuestra permanencia en el lugar. Volverían al rato y nos harían el favor de llevarnos hasta Metlatónoc. ¡Ya había pasado la hora del desayuno! ¡Ni modo: a aguantarnos!

Al tomar el camino, hacia las 8:00, anduvimos entre una vegetación exuberante, con muchas florecitas, de variados colores y nacimientos de agua por doquier. La barranca hacia la cual bajábamos la tarde anterior yacía profunda y lejos, en el cerro de enfrente se miraba una ranchería con varias casas dispersas, más o menos a nuestra misma elevación. —Es “tierra caliente” aquí, nos decían; y, ciertamente, no habíamos pasado ningún frío la noche anterior. Ibamos a ver, en cambio, que en Metlatónoc sí hace.

Habíamos preguntado si habría manera de no tener que subir el cerro. Nos llevaron ladeándolo hasta salir a un llano con una casa redonda cuyos



moradores, sentados en la puerta, seguían nuestro paso con su vista.

El llano está situado entre dos lomas, de una de las cuales se desbocó un arroyo. ¡Qué alivio! ¡Caminábamos en plano!

Al poco tiempo abandonábamos este arroyo para encontrar otro más adelante, cuando, de repente, nuestro guía nos comunicó que se alejaba de nuestra compañía para subir por un sendero hacia su ranchería. Había aparecido una pareja indígena en el camino, la mujer cargando a un hijo pequeño y el marido arriando unas bestias cargadas de flores y leña. —Siganlos a ellos, se dirigen a Metlatónoc. Les gratificamos por la comida que nos habían brindado y por las molestias al haberse desencaminado.

Llegamos a Metlatónoc, finalmente, hacia las 12:30, después de caminar unas trece horas desde la salidad de Coicoyán de las Flores, Oaxaca.

Buscábamos a doña Florentina Sierra, media hermana de doña Margarita, y a quien había conocido en la casa de esta última, allá en Coicoyán. También buscábamos refrescos, pues veníamos con mucha sed. Nos metimos a la primera tienda que encontramos y cuál fue nuestra sorpresa al encontrar que era precisamente la de esa señora. Nos brindó hospedaje durante los seis días de nuestra estancia en el lugar. Mientras descansábamos, refrescos en

mano, frente a la puerta de la tienda, pasó una procesión rumbo a la cruz que está en la entrada del pueblo. Baldomero se unió a ella para observar.

Ya habíamos llegado a nuestro destino, y estábamos inmersos en la materia de nuestra investigación. Pero no teníamos nuestra grabadora: ¿dónde viviría Félix García, nuestro guía por las cumbres donde nos habíamos extraviado? Pude consultar el padrón electoral del municipio, y encontré a siete individuos con este nombre, y todos eran del pueblito de Cochoapa, a una hora y media de camino. Pero todo el mundo, inclusive las autoridades, estaba ya “con su costumbre”. ¿Cómo procederíamos a encontrar al don Félix que tenía el aparato?

## IV

La noche del 31 de octubre observamos por vez primera los ritos celebrados alrededor de los altares familiares de las casas de Metlatónoc. No pudimos grabar —no teníamos la grabadora—, pero anduvimos con diferentes grupos de músicos desde la puesta de sol hasta la medianoche. Los invitaban a tocar en diferentes casas donde les correspondían con bebida y/o alimento, fruta o pan, principalmente, tomados del altar de la casa.

El presidente municipal decía que nos habían robado la grabadora, y dudaba que Félix García fuera el nombre verdadero de quien nos sirvió de guía, a lo que respondíamos con incredulidad. Determinamos, finalmente —después de resultados negativos a varios oficios—, que Baldomero fuera al panteón de Cochoapa la noche del día 31 para buscar a los guías en el momento en que se llevan a cabo los ritos tradicionales sobre las tumbas de sus familiares, lo que además le permitiría observar los ritos: por mi parte, yo presenciaria los de Metlatónoc.

A lo lejos, el panteón de Metlatónoc, que descansa en lo alto de un cerro, al

lado opuesto del río que corre en las afueras del pueblo, se veía alfombrado de zempasúchil. Al declinar el día, la luz de las velas se reflejaba lentamente en el color anaranjado de las flores a las que estaba prendida: un panorama irreal en la media luz del día que moría.

A la mañana siguiente aparece Baldomero con la grabadora y nos ponemos de fiesta. Ya estamos completos: habíamos tomado datos y hecho observaciones; y ahora, con ella, podríamos grabar los documentos que completarían nuestro trabajo. Al caer la tarde, después de otra visita al panteón, uniéndonos a la procesión de los lugareños, nos pusimos a hacer registros en las casas. Fue una noche muy productiva: agotamos la cinta magnetofónica que habíamos traído de Coicoyán.

Al día siguiente hacíamos cruces para ver con quién podríamos emprender la jornada de regreso a Oaxaca, finalmente, pudimos resolver nuestro dilema al encontrar a un señor que, mediante un pago, estuvo dispuesto.

El tal Antonino nos despertó a las 3:00 del día 3, diciendo: “Ya son las seis”. Se fue a su casa para dormir otro rato, con la indicación de que volviera más tarde. Los caminos son muy resbalosos cuando están mojados por el sereno; queríamos tomarlos después de que los hubieran secado un poco los primeros rayos del sol.

Finalmente, a las ocho, partimos del pueblo despidiéndonos de la gente a nuestro paso. Llegamos a Coicoyán —sin novedad que lamentar ahora— hacia las cuatro de la tarde.

Mientras comíamos en la fonda de doña Margarita, recibimos una invitación para visitar la casa de una señora que me había atendido en otras ocasiones. Así también pudimos presenciar “la costumbre” de Todos Santos en este pueblo, donde es impensable tocar música, y menos aún, bailar frente a los altares. Era la última noche de las fiestas para los difuntos, al día siguiente, 5 de noviembre, se iban a levantar las ofrendas.

Así terminó un trabajo de campo que nos llevó a tres pueblos y a un



total de 21 horas de caminata durante un periodo de 14 días muy productivos. Al día siguiente Magdalena y yo volvimos —no sin ciertos remordimientos— al monstruo del D.F., y Baldomero se fue a la Costa Chica para descansar.